

Alessandro Bove Cardone

C.I. 14.216.979

a_bove4@yahoo.com

Telf.0414-1369979

LA EXCEPCIÓN DE LA REGLA

Soy Alessandro Bove y tengo 27 años. En el año 1997 fui diagnosticado con un Linfoma de Hodking en estadio IV. Si debo traducir este diagnóstico al castellano, es decir a un lenguaje comprensible, diría que tenía cáncer... hasta la médula, como se dice por ahí. Para ese momento yo tenía 18 años y acababa de terminar mis estudios de bachillerato. Había decidido ir a la Universidad y de pronto mi vida cambiaba de golpe.

Lo único que sentía era una simple tos.....una simple tos, cambió mi vida. La tos era uno de los síntomas de mi enfermedad, pero nunca le presté atención. Comenzaron los exámenes médicos y de repente mi vida se convirtió en un ir y venir al hospital. En ningún momento comprendí de qué se trataba. Mis padres no tenían el valor de contarme sus temores y se esforzaban por esconderme aquello que me estaba pasando. Fuimos a los Estados Unidos para una segunda opinión y de pronto me encontré en la puerta de un Hospital Inmenso que tenía las palabras “cáncer center” incluidas en su nombre. Así, de golpe supuse que yo tenía cáncer. La verdad es que en ese momento no sabía que tipo de enfermedad era esa y menos cómo se combatía, pero luego, poco a poco, fui aprendiendo lo que era y cómo se curaba, porque esta enfermedad se cura, yo soy el ejemplo de eso.

El médico que me atendió allá nos dio un diagnóstico completo y me sugirió aplicarme un tratamiento experimental, ya que habían muy pocas probabilidades de que sobreviviera. Mis padres y yo decidimos que sólo Dios podía decidir el momento en que iba a morir y decidimos luchar con todas nuestras fuerzas, pero con el tratamiento normal para esa enfermedad, en ese estadio. Fueron 14 aplicaciones de quimioterapia y 60 aplicaciones de radiación, repartidas en todo el cuerpo.

Nos regresamos a Venezuela y decidí llevar mi vida normal, tanto así que mi padre me buscó trabajo en una pizzería y lo acepté. Yo trabajaba todos los días hasta las 12

de la noche aproximadamente, y una vez por semana íbamos al hospital, muy de madrugada, para aplicarme la quimioterapia. Como trabajaba hasta tarde, aprovechaba para dormir mientras me aplicaban la quimioterapia. Esto me servía para no darme cuenta de las muchas horas que duraba el tratamiento. En lo que éste terminaba, mis padres me despertaban y yo solía comer algo: siempre me despertaba con hambre.

Yo sé que muchos de ustedes se preguntarán: ¿cómo pusieron a trabajar a ese muchacho con la enfermedad por la que estaba pasando? Pues la respuesta a esta pregunta es la siguiente: pienso que esa fue la clave para que mis pensamientos estuviesen alejados de mi enfermedad y así siguiera mi vida con normalidad. Eso me ayudaría a pensar que esa enfermedad era una especie de gripe por la cual estaba pasando y así poder salir de ella, es decir, alejaría las preocupaciones de mi cabeza y apartaría la enfermedad de mi vida cotidiana. Así los químicos harían su parte sin que mis pensamientos interfirieran en su desempeño. Aquí es donde entra parte del apoyo familiar: alguien debe preocuparse y estar pendiente de los tratamientos, de las horas de los medicamentos, del tipo de alimentación y de todas esas cosas que marcan la diferencia.

En mi caso era muy difícil estudiar, ya que pensaba comenzar la universidad justo en ese momento, así que lo dejé para después, porque todos sabemos bien que esto no tiene edad... para muestra mi madre que está a punto de finalizar su carrera y además con excelentes calificaciones. Después que terminé mi tratamiento mis padres me animaron a retomar los estudios y así lo hice. Me inscribí en la Universidad y en dos años y medio me gradué de Técnico Superior en Anca y Finanzas. Sin embargo pienso que en el caso de los niños es sumamente necesario que continúen con sus actividades escolares, porque éstas lo distraen de su enfermedad y le brindan un mensaje de esperanza, así como el trabajo me ayudó a mí...

Yo considero que mi respuesta al tratamiento y la curación de mi enfermedad rompieron con todas las estadísticas, y todo esto gracias al apoyo familiar que tuve y a la actitud que adopté.

Considero que una de las cosas más importantes para curarse, es sin duda, la actitud que debe tener cada persona que sufre una enfermedad, así como el apoyo de la familia y de los amigos, en todo ámbito. Esto es fundamental para la cura de cualquier enfermedad.

Debido a mi tratamiento, no podía tomar sol, por lo cual no podía ir a la playa. Además no podía comer ningún alimento procesado, es decir, nada de todo aquello que nos gusta a los jóvenes. Los refrescos y las chucherías contienen colorantes químicos. Los enlatados, las bebidas alcohólicas y la comida rápida, etc., estaban prohibidos para mí. Debido a que las defensas bajan mucho durante los tratamientos, no podía estar en espacios muy llenos de gente.....se imaginan, con las ganas que tiene un joven de 18 de años de ir a discotecas, tener novia, rumbear con los amigos y amanecer de fiesta. Mi enfermedad me había convertido en un viejito.....digo esto porque tenía que comer muy sano, bajo en colesterol, no podía ingerir ni siquiera una cerveza, me acostaba a dormir apenas volvía del trabajo.

Gracias a Dios mi familia y mis amigos nunca me dejaron solo. Su apoyo fue incondicional y me animaban a seguir con mi vida, de la forma más normal posible. El trabajo me ayudaba a sentirme una persona útil, pero sobre todo normal. Los días en que recibía la quimioterapia, mi padre me ofrecía cubrirme en el trabajo para que descansara, pero jamás lo acepté. Jamás cedí ante la enfermedad. Siempre me mantuve fuerte y optimista porque sabía que en gran parte, mi curación dependía de mi actitud.

Mi tratamiento de radiación me mantuvo alejado de mi familia, porque lo recibí en el exterior. Mi mamá y yo tuvimos que vivir los dos solos en una casa de caridad para niños y adolescentes con problemas graves de salud. Éramos 80 pacientes con sus madres. Algunos estábamos mejor que otros, por eso, nos ayudábamos unos a otros. Éramos varios adolescentes y cuando alguno se sentía deprimido el resto hacíamos lo necesario para ayudarlo a sentirse mejor.

Mi mamá y yo éramos voluntarios en el piso de trasplantes de médula ósea. Ayudábamos a aquellos jóvenes latinoamericanos que como yo estaban lejos de su casa por el tratamiento. Los acompañábamos a ver un programa de televisión o a leer un libro, a veces les llevábamos un plato de sopa con sazón criolla.....en fin tratábamos de hacer todo aquello que nos hiciese sentir como en nuestra casa.

El hospital programaba un montón de actividades para nosotros. Dichas actividades eran de todo tipo: manuales, educativas, recreativas y las mismas nos permitían relacionarnos con otros jóvenes de nuestra edad. Disponíamos de maestras que nos

ayudaban a aprender el inglés a los extranjeros o a mantener la continuidad escolar a los niños residentes de ese país.

La posibilidad de realizar todas esas actividades nos ayudaba a distraernos de la enfermedad. Cuando se padece una enfermedad grave como lo es el cáncer, toda nuestra vida gira en torno a ella, en pocas palabras, nos acostumbramos a estar enfermos y todos nuestros pensamientos y movimientos se dan desde el punto de vista de la enfermedad. La gente nos pregunta continuamente cómo nos sentimos y muchas veces nos miran con compasión. Aquellos que alguna vez hemos estado gravemente enfermos, hemos sentido las miradas de lástima de la gente y también hemos escuchado los comentarios imprudentes de algunas personas: ¡pobrecito, está muy mal! ¡Quién sabe si se salve!

Es importante que todos aquellos que juegan algún papel en nuestra curación, como por ejemplo los médicos, las enfermeras y los maestros de la escuela sepan que necesitamos sentirnos como personas normales, porque somos personas normales. Lo que ocurre es que en un momento de nuestra vida estamos afrontando un reto, pero deben ayudarnos a que nos recuperemos, sin olvidar que seguimos teniendo sueños, y aspiramos a poder realizarlos.

La vida es un don, un privilegio. A veces tenemos que luchar muy duro por conservar ese don, por eso, cuando enfermamos necesitamos que nos ayuden, pero siempre considerándonos como personas normales que viven una situación difícil. A los médicos les digo: no nos traten como casos. Es muy común escucharlos hablar de nosotros con sus colegas diciendo: ¡tengo un caso terminal de leucemia! Todos los seres humanos somos terminales, así que de ¿qué se asombran? Al personal de enfermería le digo: trátennos con amorosa paciencia. No es fácil, para un niño inquieto o para un adolescente lleno de hormonas alborotadas, soportar el dolor y los pinchazos, cuando lo normal para ambos es vivir a plenitud. Recuerden que no están exentos de que uno de sus hijos se enferme algún día. A los maestros les digo: no se olviden de nosotros cuando enfermamos. Es hermoso recibir la visita de nuestros compañeros y de nuestros maestros. Es muy importante para nosotros saber que les importamos y que pueden ayudarnos. No nos tengan lástima.

Yo sé que es muy difícil manejar las emociones que se sienten cuando estamos frente a un niño que está enfermo, pero él sólo quiere que le den la oportunidad de

demostrarles todo aquello que es capaz de hacer y sobre todo, que sigue siendo un niño como otro, a pesar de la enfermedad que padece. Nuestro cuerpo cambia por la enfermedad pero nuestro corazón y nuestra madurez se recrecen, porque aprendemos a valorar la vida y el amor de quienes nunca nos dejaron solos y nos impulsaron a seguir adelante.